

## PENSAMIENTO

Mi libro se llama *Un paseo por mi vida...*

Es un viaje, un viaje a mi niñez, mi juventud... mi madurez... a lo vivido hasta ahora, y creedme si os digo que como toda persona he tenido momentos de felicidad o más bien etapas, pero debo reconocer que no ha sido fácil para mí, porque parece ser que no me quiero mucho y desde que era niña he creído en los cuentos de príncipes y princesas, y he llegado a pensar que la vida podía ser así, que mi vida sería así y, desgraciadamente, no lo es. Es hermosa, es un regalo, son momentos, y no hay garantías, caes, te levantas, pero eso también te fortalece. Es un continuo aprendizaje de ti misma como niña, mujer, esposa, madre..., y aprendes, ya lo creo que aprendes. Y si queréis un consejo, allá va: QUIÉRETE A TI MISMO Y VIVE...

Siempre he querido escribir un libro, pero a pesar de todas las ideas, pensamientos que fluyen en mi cabeza, nunca he sabido cómo plasmarlo en el papel.

Mi historia es como cualquier otra historia, con algunos matices de tristeza y frustración, es algo particular porque yo también lo soy.

Pienso que puede ayudar a muchas mujeres que como yo han sufrido «demasiado», identificarse con algunos momentos que yo viví, pero también saber que somos más fuertes de lo que parecemos o creemos, que la confianza en uno mismo, el «quererse uno mismo» y hacer el bien a los demás puede llevarte hacia una paz extrema, hacia una vida llena de plenitud, cariño, en definitiva, hacia la felicidad.

Y yo no soy vieja, aún me queda mucho por vivir, espero, y por aprender si así lo quiere mi destino.

Tengo 48 años y estoy en este momento aprendiendo a conocerme, a amarme y a confiar en mí. Todo ello gracias a mi psicóloga y orientadora en el centro *Mujer 24 horas* de mi ciudad, Castellón; dicho esto, os dará una idea de por dónde van los «tiros».

Pero no quiero precipitarme, se empieza por el principio para que así me vayáis conociendo.

Nací en Castellón de la Plana hace 48 años como ya sabéis, un 24 de noviembre de 1966, aunque la sangre que corre por mis venas es extremeña, concretamente de una hermosa ciudad llamada Cáceres.

Soy la menor de tres hermanas: Mari, Paula y yo, Soledad. Por los relatos que me contó y me cuenta mi madre, sé que fue un parto muy duro, ya que antiguamente no se daba a luz en un hospital como ya sabréis.

Ella dio a luz en la *CLÍNICA PALOMO* de Castellón, donde en vez de enfermeras, eran monjas las que ejercían esta profesión y lamentablemente con muy poca dedicación. Se supone que debían ser devotas, amables, cariñosas, pues no, es una pena, pero en el centro hospitalario se practicaba el escaqueo; es decir, cuanto menos haga, mejor. Monjas, aquéllas; líbreme Dios de ofender a nadie y menos a este gremio.

En fin, volvamos al momento culminante. Después de muchas horas y dolores, mi madre no pudo más y se desmayó; evidentemente no podía empujar y una de esas monjas (siempre hay alguien bondadoso) le pidió a mi padre que entrara en el paritorio y la ayudase.

Así, mientras ella se subía encima de la tripa de mi mamá para ayudar a que yo saliera, mi padre, temeroso y nervioso, me esperaba para ayudarme y acogerme en sus brazos cuando saliera. Y así pasó, gracias al empuje de la bendita monja y a las manos de mi padre salí a la vida. Roja, rojísima, casi ahogada, pero ambas, madre e hija, logramos superar ese reto... y vivir. Mi padre se

sintió como nunca, lleno de orgullo, había hecho algo maravilloso, había abierto la puerta a la vida de su hija y lo había logrado él solo, lleno de temores, miedos, pero al fin y al cabo lo consiguió y es por eso que siempre ha habido un algo especial entre ambos. Él ha contado por doquier esta historia con orgullo y satisfacción, y yo también me siento, cómo no, orgullosa de su hazaña entre otras cosas porque no estaría en este mundo. Y hasta el día de hoy soy «su niña», como me llama.

Mi madre no me recibió tan bien después de los dolores y encima otra niña, así que, aunque mi padre le decía: «¡Mira, amor, tu niña es preciosa, es una muñeca!», mi madre no tenía mucha ilusión por verme o tenerme en sus brazos. Mucho fue el dolor pasado. Naturalmente, cuando los dolores cesaron y ella volvió a ser ella, me recibió con el amor intenso que una madre ofrece a su hijo.

De pequeña era yo ya un poco especial. Me comentan que a los dos añitos cantaba a mi manera pero cantaba, y de hecho me encanta cantar y gozo de la música, siento la música y bailo, me gusta dejar que fluya por mi cuerpo; es como soltar lo malo y recibir lo bueno (me tomo un inciso para recomendaros que lo hagáis, cantar, bailar en casa, en la playa, donde os guste,

cerrar los ojos y sentir la música que invada vuestro cuerpo y os libere de los malos pensamientos o momentos de vuestra vida; tomadlo como una buena terapia, os ayudará).

Bueno, volviendo a mi infancia, recuerdo mi casa. Era un primer piso, pero en una casa de planta baja y un primero. A la derecha vivíamos nosotros y como vecina tenía a mi abuela Juana, el otro amor de mi vida. Prácticamente ella me crio; aún recuerdo cuando nos íbamos a la playa, ella me subía en la mesa de la cocina y me ponía mi biquini naranja (apenas tenía tres añitos), o los miércoles que siempre tenía su lavadora puesta y se podían ver las prendas y la espuma del detergente, ya que era de las antiguas y la parte superior estaba abierta; y cómo no, el inconfundible olor del cocido extremeño que me volvía loca.

Y los domingos, bueno, mi padre nos levantaba a todos y a pasar el día en el campo. Todas vestidas, preparada la comida y, cómo no, su fabulosa tienda de campaña. Y a las 11 en el coche y si era posible que no se oyera ningún ruido porque íbamos a FUENTEOVEJUNA (así bautizó mi padre a un paraje idílico en verano y placentero en invierno). Estaba en un pueblo cerca de Castellón y se llamaba en realidad MAS DE FLORS.

Nunca olvidaré los campos de amapolas rojas mezclándose entre los almendros en flor allá por la primavera, y así hasta llegar a nuestro destino.

Cada uno tenía su cometido; primero montar la tienda, los clavos bien puestos, las cuerdas tensadas y la tienda lista. Después el mobiliario, mesa, sillas y en el fondo, las bolsas con toallas, ropa y comida.

Y cuando todo estaba listo, a pescar. Con una especie de red mi padre y mi madre esperaban las carpas en un extremo y mi abuela y hermanas pataleábamos en el agua para dirigir las hacia ellos. Lo pasábamos ¡pipa!, nos bañábamos en los enormes charcos que surgían del pantano de María Cristina cuando cada primavera-verano dejaban que el agua fluyera hacia nuestra hermosa FUENTE OVEJUNA.

Pero aún falta que os cuente que sobre la una de la tarde aparecía el resto de mi familia: tíos, primos..., y cómo no, el consiguiente enfado de mi padre: «¡Siempre venís tarde! ¡Claro, así no nos ayudáis a montar la tienda!», y esto se repetía cada domingo. Pero qué lindo resultaba cada domingo. Eso sí, al volver a casa, aparecían en mí un temor y una ansiedad terribles porque llegaba el lunes y el colegio, y Soledad tenía pánico a las maestras. Por eso, cuando tuve a mis hijos y